

Tres poetas cumaneses

Ramòn Ordaz
Universidad de Oriente
ramonordaz.quijada@gmail.com

JUAN ARCIA: ENTRE LAS BRUMAS DE UN SIGLO

(Cumaná, 1872 - Caracas, 1931)

Retrato del poeta realizado por el pintor rumano Samys Mützner (Bucarest, 1884-1858), quien residió en nuestro país entre 1916 y 1919.



Para quien no conoce la historia de Cumaná, la tantas veces repetida frase de que su solar fue tierra de poetas, le parecerá que se trata de un ardite de apasionados feligreses que, porque aman todo lo suyo y mueren con los claveles de la identidad en el pecho, venden a propios y extraños esa argucia ferial para atraer más clientes a la casa. No necesita Cumaná de tales pregoneros, ya que basta entrar por cualquiera de sus puertas invisibles para cerciorarse de que hay mucho más de lo que la superficie exhibe. Antes que decirlo en pasado, prefiero decirlo en presente: Cumaná es tierra de poetas. Entre los sinuosos cristales de su mar, los sorprendentes

encajes donde un golfo levanta sus prodigios, la vena aorta de su Manzanares y la gloria y espectro de sus cielos irrepitibles, basta poner en pausa la mirada para que ocurra el milagro de esas intraducibles sensaciones, obra de su privilegiado espacio. Tal vez fueron los sismos los que le han dejado ese don mutante. No se requiere de caleidoscopio para ver tantos arabescos de colores que reporta su luz. Una desconocida imantación recorre el cuerpo y de las entrañas luminosas surge la palabra que llega aspirada, respirada y suspirada. Del siglo XIX a nuestros días, la pléyade es altamente significativa. Uso “pléyade” no por fácil préstamo de parnasianismo alguno,

sino porque en mi recuerdo asoma la revista PLÉYADES: tuve la dicha de tener una en mis manos y hacer el paseo de rigor por sus páginas; me refiero a esa publicación que editaban Juan Miguel Alarcón, su director fundador, y el hacendoso baluarte Marco-Tulio Badaracco con las siguientes señas de identidad: Su valor: un cuartillo. Tip. “Comercio”. Cumaná: Año I, 1º de noviembre de 1908 – Nº 8. Creo haber comentado en la revista PODA ese acontecimiento. Sí, fue una luminosa pléyade de escritores la que arribó desde el siglo XIX al XX. Contemporáneo a “Pléyades” estaba el grupo que editaba “Broche de flores”, alrededor de la cual hacían vida quienes predicaban “Surge et ambula”, el bíblico “¡Levántate y anda!”. En esos corros habían quedado las luces aprendidas en su propio terruño de un poeta que había partido antes para Caracas, Juan Arcia (Cumaná, 1872, Caracas, 1931). La vida se le hacía estrecha a los literatos de la provincia, de allí que la mayoría prefiriera el oxígeno de la capital de la República. No hubo en la Caracas decimonónica ni en la del más ventilado siglo veinte, acto literario donde no estuviera esa cohorte de escritores cuya presencia destacaba por las luces que traían de la madre primogénita. Pertenece Arcia más a la finisecularidad de los intelectuales y poetas del diecinueve. Que en 1904 haya publicado en edición limitada su poema “Sangre del trópico” nos dice mucho por donde andaban sus pasos, aunque fue un poeta que siempre se mantuvo a la sordina. Incursionó un tiempo en el servicio diplomático, pero su actividad más palpable tiene que ver con la Academia venezolana. No fue un poeta de saraos ni hizo mucha presencia en los círculos literarios. En la fecunda vida cultural que emprendieron los cumaneses, entrado el siglo XX, su nombre es prácticamente inexistente. Los pocos testimonios tienden a caracterizarlo como alguien alejado por voluntad propia, leyendo, escribiendo y traduciendo autores de su interés en un apartado lugar del Ávila. Fernando Paz Castillo será quien trate de traerlo a la luz y destacar su valor literario que se mueve entre lo neoclásico y el velo romántico del contenido de muchos de sus poemas, así como resaltará las exquisitas versiones de sus traducciones. Por muchos motivos, Juan Arcia es un poeta de excepción entre los pares de su tiempo. Respecto a las formas líricas, incursionó en distintas métricas del verso, innovó en cuanto a romper la vieja muralla del soneto en esa artillería del endecasílabo, se abrió paso con una concepción muy particular del soneto, que lo alivia, lo recorta de modo que escribe con versos sextasílabos, tetrasílabos, otras veces hace combinaciones de octosílabos con tetrasílabos, buscando en esas fugas musicales la expresión más directa e impactante. Experiencias de su estilo hemos visto en poetas ya muy avanzado el siglo XX. Su largo poema “Sangre en el trópico”, de estrofas más robustas, muy apreciado en sus felices descripciones por Gonzalo Picón Febres; estima nuestro inolvidable Paz castillo que es

digno de estar en una antología de la poesía venezolana, tanto por su neoclasicismo como por una temática que entra en la tradición de las “Silvas” americanas de Andrés Bello y la “Silva criolla” de Francisco Lazo Martí. Están en ese poema un adolorido paisaje, un clamor de la tierra y sus hombres en esa eterna refriega de desconsolado mañana. Todo un drama con sus personajes en la vastedad de una llanura donde es mucha la historia nuestra que ha vaciado su sangre y su impotencia. Otra de su singular experiencia poética son los “Versículos profanos” (1921), parodias de escenas bíblicas en las que corre la sátira y el pesimismo del autor, en las que desvela incómodamente esa historia sagrada que nos contaron. Su “biblia” entra en la cotidianidad de un relato del que se pueden entresacar otras “verdades”. Al parecer de Paz Castillo es esta la más “importante labor” de Arcia; razón que no suscribimos, sin quitarle mérito, por supuesto, a “Versículos profanos”. Comparto en mi lectura personal la trascendencia que tiene “Sangre del trópico” y creo justo destacar un poema que me parece una maravilla de la creación poética “La canción de la bruma”, por lo que tiene de elaboración verbal, por ese fino espíritu que teje en el aire una masa lírica –muy siglo diecinueve ella- que, mientras se esfuma, se apoya en referentes materiales que da la sensación de cómo todo se deshace, hasta la vida misma, para volcarse en esa etereidad adonde vamos irremediamente. Aquí su oficio de poeta romántico se consagra. Sirvan estas palabras como reseña de otro de los excelentes poetas de Cumaná. Para los amantes de la poesía transcribo una muestra significativa de su obra.

De Sangre en el trópico (1904)

I
 ¡Oh, Caín, tu satánica leyenda
 es la leyenda del linaje humano!
 Eres el Crimen-Dios, jamás la ofrenda
 deja el ara rojiza de su culto;
 todos los hombres, tribus y naciones,
 desde el pasado en la tiniebla oculto
 hasta el presente y luminoso día,
 subyugados por míseras pasiones
 y henchido el corazón por tus instintos,
 las fraticidas armas esgrimieron,
 y a los golpes fatídicos cayeron
 nuevos Abeles en la arena extintos!

La canción de bruma (1906)

Para Gabriel E. Muñoz

Yo soy la novia del mar, soy la indecisa,
 misteriosa beldad de tardo vuelo;
 yo despliego mi túnica de plata
 cuando el cansado pescador divisa

en el jardín fantástico del cielo
 gardenias de oro y lirios de escarlata.
 Si mi amado, sultán adormecido,
 me ve como un ensueño en las serenas
 y lejanas regiones del espacio,
 siente celos del sol, lanza un rugido,
 baña la costa, y fingen las arenas
 una inmensa guirnalda de topacio.
 Todo tiembla a la furia del monarca:
 el alga verde que la brisa azota,
 el argentado lino de la barca,
 el moreno plumón de la gaviota,
 y el pelícano amante que en su anhelo
 busca el peñón donde impalpable lluvia
 entumece las carnes del polluelo;
 tan solo yo coqueta caprichosa,
 ante el sultán airado me sonrío,
 y de la luz en la saeta rubia
 una mirada de placer le envío.
 Después la media noche: en fácil vuelo
 el cadencioso viento se desata
 sobre la comba gris; brotan los sonos
 de vago y suspirante violonchelo;
 son sus tristes canciones,
 es su tierna y doliente serenata!...
 Y cedo al fin: cuando la luna arroja
 el tenue rayo de su blanca lumbre
 y traspasa mi túnica flotante,
 me siento herida de mortal congoja,
 abandono la cumbre,
 y al descender sumisa y vacilante,
 soy un lirio de luz que se deshoja
 sobre el trémulo seno de mi amante!
 Muy casta es la caricia: frágil beso
 como de labios de sonriente niño,
 beso fugaz de vaporoso armiño
 sobre una frente de cristal impreso.
 Nada turba el encanto de la cita;
 el alma de la vida, en la serena
 tranquilidad de la silente noche
 es un ave cansada que dormita.
 Si la blanca silueta de un velero
 la cinta gris del horizonte corta,
 y es alado corcel que se abalanza
 por la infinita lámina de acero;
 yo me engarzo en la vela y el cordaje,
 acecho al marinero que tendido
 yace en la tabla húmeda del puente
 y finjo ante sus ojos el paisaje
 de la bahía y del hogar sonriente.
 Huyo después...con mi indeciso velo
 la visión fascinante se retira,
 y el nauta soñador tan solo mira
 un diamante en el ópalo del cielo.

Soy la reina del aire: mi palacio
 es la bóveda azul; tranquilo vaga
 mi trono sideral en el espacio;
 yo soy un viejo mito, soy la maga
 de las vivas leyendas populares;
 soy etérea, radiante epifanía
 que suelta el rayo que la luna envía
 su manto de lucientes alamares.
 Al fin llega la hora; triste hora,
 en que de mi adorado la pupila
 es un cristal que trémulo refleja
 los lirios y gardenias de la aurora:
 La nube es cortinaje que vacila,
 la luna es un esquife que se aleja!...
 ¡Es hora de partir! El beso brota,
 y por la nieve de la onda esfuma
 el deslice de un ala de gaviota
 sobre errantes anémonas de espuma.
 Y tiemblo de dolor: granate en lumbre
 desgarras el tul del pabellón sombrío;
 y me alejo... y sollozo... y por la cumbre
 desgránanse las perlas del rocío.
 De "Versículos profanos"

JUBAL

1. Y al desconvenirse con Pablo, Bernabé y su primo Marcos se embarcaron para Chipre.
2. Y en la nave iban también Jubal, circunciso que había recibido el Espíritu Santo, y otros más de la Iglesia,
3. Y cuando las tardes eran tranquilas, los hermanos se agrupaban en la proa y con música de salterios, flautas, órganos y címbalos recordaban la tierra de Israel.
4. Y algunos llegaron hasta Atenas. Y el cielo estaba azul, y el sol alumbraba los olivos, naranjos, cipreses y limoneros que bajaban de las colinas a la playa.
5. Y la ciudad tenía la armoniosa sencillez de lo sublime.
6. Y el corazón de los hermanos sintió claridad confusa como el ojo del ciego que se acerca a la luz.
7. Y Jubal entró en tentación y fue al gimnasio, al teatro, al ágora y al estadio.
8. Y oyó oradores cuya imaginación producía más pétalos que simientes.
9. Y percibió música que nació de la danza y originó la tragedia.
10. Y en los juegos y carreras vio mujeres y hombres desnudos; porque los gentiles purificaban la hermosura hasta deificar la más bella de las formas.
11. Y como Apolo y Dionisio lo seducían,

Jubal vistió himación y peregrinó. Y halló mil cortesanas sacerdotisas de Afrodita y contempló a los jóvenes que, con símbolos de procreación, danzaban en honor de los dioses.

12. Y estos se humanaban amando a las mujeres, y los hombres se divinizaban amando a los inmortales. Y había pueblos de estatuas vivientes por el arte. Y el culto coadunaba la deidad con el héroe.

13. Y el circunciso estaba en cadena de idolatría y, alejándose del Señor, renunciaba a los cielos por tristes y lejanos, y buscaba el Olimpo alegre y casi terreno.

14. Y Homero era profeta, y las tragedias escrituras. Y como el nuevo Sinaí y los ritos le atraían, Jubal viajó primero a la Fócida y luego a Tebas.

15. Y fue en tarde de primavera cuando llegó a la fuente Dirce. Y las aguas calmaron su sed y limpiaron sus carnes.

16. Y la luna se elevó sobre los montes. Y el peregrino tuvo piel de cabrío, tirso enramado y guirnalda de hiedra.

17. Y en el bosque sonaron címbalos y tamboriles: las ménades celebraban el thiasos. Y a la luz de las antorchas, la cabeza echada atrás, suelto el cabello y ágiles los pasos, eran como un enjambre que bullía. Y danzando gritaban: ¡Oh Bromio, ven a nosotras! ¡Sin vino no hay placer! ¡Oh, Bromio, tú eres más bello cuando embriagas!

18. Y el peregrino bebió en la escancia donde se encuentra el sueño. Y escondiéndose entre los árboles, corrió por los collados. Y cuando la aurora aparecía, cayó desfalleciente sobre la zarza humedecida.

19. Y los tallos espinosos le ciñeron las carnes. Y; en espíritu de vahído, Jubal se vio inmortal: Deméter lo abrazaba.

Noches

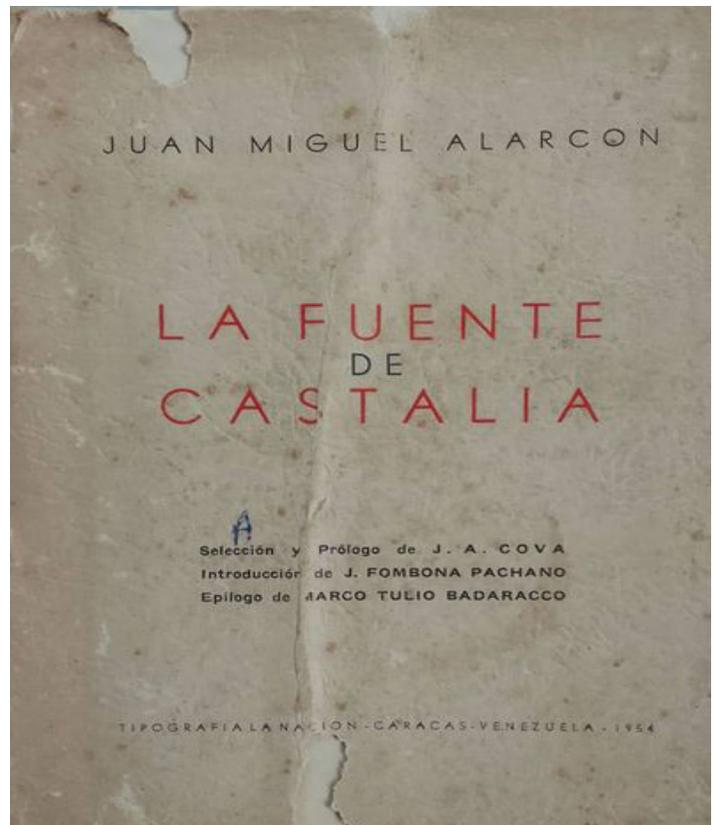
El sol es un incendio que se apaga,
su lánguido destello cerca y riza
con encajes de grana la plumiza
nube que lenta en el espacio vaga.
El aguzado pino es una daga
clavada en un zafiro que agoniza,
y la sombra se alarga y se desliza
cual sierpe en una túnica de maga.
Ya no hay trovas de amor en el follaje,
ya no hay flechas de luz ni blanca niebla,
ya perdió sus contornos el paisaje;
la sola oscuridad el mundo puebla
¡Oh, duda, tú naciste en un celaje
Y hoy eres más que sombra; eres tiniebla.

Ren

“In nihilum recidere” – Cicerón.
Al Dr. Elías Rodríguez
Me preguntas por qué espero
silencioso
el reposo
venidero,
Te respondo: calma quiero
soy añoso
y dichoso
porque muero.
Viejo el árbol, se derrumba;
gris la nube,
se deshace.
Muerto el hombre, de la tumba
nada sube:
todo yace.

JUAN MIGUEL ALARCÓN. CAUTIVO DEL PASADO

(Cumaná, 1882 - Caracas, 1932)



Un poeta auténtico siempre deja tras de sí huellas indelebles. Más allá de las posibles calificaciones, de los grados de una consagración, su oficio y su manifiesta actitud ante el mundo, su énfasis, repujará en la conciencia de sus contemporáneos esa distinción que le haría trascender en la órbita de luz donde puso a circular su presencia. Ningún ser humano es inferior a otro; solo las jerarquías que imponen las élites etiquetan a sus semejantes y le otorgan ese lugar de cercanía o lejanía en una ficticia pirámide, esa necia geometría del ridículo, cuando el mundo es una esfera. El poeta Juan Miguel Alarcón (Cumaná 1882-1932) se granjeó inolvidables méritos en la Cumaná de esa primera década del siglo veinte. De la tierra emigró a Caracas, en 1908, cual Cyrano de Bergerac a conquistar los territorios de la imaginación. Fue un hombre monolítico, de una sola pieza, negado a experimentar las novedades del siglo en ciernes. Respiraba en el pasado, no en el presente. Consideró que con la cultura heredada era suficiente para ocupar plaza entre

sus iguales, cuando la realidad pasaba avasallante a su lado. Un lustro, dos lustros, marcan la diferencia, aunque el impasible tiempo nos haga ver lo contrario. Su encaje emocional echó raíces y luces a expensas de un turbio siglo XIX y más atrás, mientras que dos figuras relevantes de la poesía de Cumaná madrugaban en ese oficio de las letras, aunque con talla diferente, similares en esa tarea de escanciar el vino de las uvas de un mismo tiempo. No hay sucesión posible, aunque Andrés Eloy Blanco podría estar más próximo a su oficio de poeta decimonónico, mientras que José Antonio Ramos Sucre violenta cualquier marca temporal, no tanto por la forma como por su concepción de una filosofía de la historia, en la que, en resumida cuenta tampoco creía. Su obra rebasa cualquier cronología, mientras que la de Alarcón tiene improntas muy marcadas en una tradición romántica de tímidos coqueteos con el modernismo que adelantaba Rubén Darío desde su primera obra, *Azul* (1888). Por esos predios fijaba su ruta Alarcón con el escaso recurso romántico que haya podido absolver de Charles Baudelaire y la bohemia que

iba en curso en su trayectoria vital. Ciertamente que el grueso de su obra quedó disperso en periódicos y revistas y que lo que editaron sus amigos bajo el título "La fuente de Castalia" (1954), es, al parecer, la selección que tenían a la mano. Creo que la idea de la edición fue obra de su amigo el historiador José Antonio Cova, al que sin duda secundaba el periodista y editor Marco-Tulio Badaracco, cumaneses ambos. El momento más significativo de su vida literaria vendría signado cuando Rubén Darío en la revista que editaba en París, *Mundial Magazine* (1911-1914), le publicó el poema "Rimas de oro", dedicado al intemperante Rufino Blanco Fombona. Que el pontífice del modernismo le diera ese espaldarazo tenía su dorremifasol para cantarlo a voz en cuello ese modesto y comedido hombre de provincia, el bardo Juan Miguel Alarcón. Entre los bienes concebidos por él hay registro en la prensa y podríamos resumirlos en dos hechos relevantes para la literatura de Cumaná: creó la revista "Broches de flores" y dio nombre al grupo de avanzada que buscaba superar el letargo y la molición local, "Surge et ambula" (levántate y anda), bajo cuya divisa los profesionales y escritores emergentes encararon un presente que tenían que superar, y no fueron pocos los de esa camada que se abrieron a nuevos horizontes. Lo otro fue la publicación de la revista "Pléyades", al frente de la cual estuvo hasta entregar la dirección, una vez decidida su residencia en Caracas por razones de trabajo, a su fraterno y consecuente Marco-Tulio Badaracco. En la carta dirigida a Marco-Tulio (Revista *Pléyades*, 1908), expresaba su despedida de la revista y de Cumaná. Entre otras cosas, señalaba: "No haya debilidad, compañero. 'De la parroquia se sale en asno y se vuelve en mármol', dice un brillante escritor, Sepamos luchar fuerte y vencer pronto. El mármol, que en este caso es símbolo de victorias, no faltará ni los asnos tampoco". Vivió sus pequeñas glorias Alarcón. Jacinto Fombona Pachano, que fue su amigo y lo admiraba, ofrece el testimonio de que José Santos Chocano, José Juan Tablada y Francisco Villaespesa durante sus estancias en Caracas les expresaron sus elogios de la poesía de Juan Miguel Alarcón. Ocurría que Alarcón publicaba con frecuencia sus poemas en los periódicos y revistas de la época y con seguridad su proverbial facundia y gracejo cautivaba a las élites intelectuales de entonces. Hay que suponerlo en esas noches de bohemia transitando de una botillería a otra, de La Donzella a La Iberia, de La Iberia a La India, y no hay por qué dudar que entre la neblina nocturna pudiera haberse cruzado con ese otro olvidado, poeta y bohemio, Ramón Hurtado, quien moriría también el mismo año de la muerte de Alarcón. Fombona Pachano refiere cómo se lamentaba de que se hubieran conocido en tiempos donde no existían los caballeros y cómo se comparaba con el valiente rey de los belgas, Alberto I. Las siguientes palabras de Fombona Pachano bien podrían ser el compendio

de su vida: "Pasó y se fue puro. Antes que genuflexo fue desdeñoso. Antípoda de la lisonja fue su orgullo. Solo vivió para soñar. Puede decirse que su existencia no fue sino un largo sueño irrealizable".

Sus poemas son hoy hojas mustias, y si algunas de esas hojas fueron destinadas a permanecer aprisionadas entre las páginas de un libro, tan solo queda el esqueleto de las hojas, a las que el tiempo ha restado la majestad de sus colores y el perfume. Sus formas arcaicas son parte del prontuario de nuestra poesía y sus cantos patrióticos son otro arcaísmo más de nuestra enrevesada historia. Esas gestas y esas patrias murieron hace mucho tiempo. Memorable la "Canción de noviembre", poema que da cuenta de la muerte de José María Milá de la Roca Díaz (Cumaná, 1878-1911) y que, si apuramos un poco el tono de la elegía, hay mucho de su vida personal en ella. Sí, Ramón Badaracco, le debemos el mármol al bardo de tantas penurias y penumbras.

Canción de noviembre

(En la muerte del poeta J.M. Milá de la Roca Díaz)

A este poema le puso música para canto y piano el compositor cumaneño Joaquín Silva Díaz*, y fue publicado en Alemania por la firma Gebrüder Hug, de Leipzig.

Era lluviosa la mañana,
estaba triste la sabana
y a lo lejos gemía el mar,
cuando el poeta cuyo anhelo
no era de aquí sino del cielo,
se lo llevaron a enterrar.
Y lo llevaron cuatro amigos
de toscas blusas, los testigos,
del infortunio de su amor,
y allí dejaron en la fosa
al fiel amigo de la rosa,
del verso de oro y del dolor.
¡Una solemne campanada,
luego el caer de una palada
de húmeda tierra en su ataúd!
Únicos salmos que el destino
cantó a la vera del camino,
¡de aquella infausta juventud!
El nunca tuvo hada madrina
que le arrancara aquella espina
que hincó en su alma una mujer;
por ella todo le fue duro,
le sumió en sombras el futuro
y en amarguras el ayer.
Hoy en un túmulo cercano,

sacude el viento del verano
un rudo espino punzador,
a cuya ráfaga salvaje
clava su tétrico ramaje
¡en el sepulcro del cantor!

Joaquín Silva Díaz (Cumaná, 1894-Caracas, 1977). Músico (pianista) y compositor que destacó internacionalmente. Se inició como poeta junto con su hermano Agustín Silva Díaz, pero lo relevante de su obra está en el campo de la música. Tuvo una exitosa carrera como concertista que lo llevó a recorrer buena parte de los países europeos y Estados Unidos. En conversaciones que sostuve con el padre Basilio Tejedor (†) le pregunté si podía ubicarme el soneto que escribió Manuel Machado, hermano de Antonio, en homenaje al concierto que Silva Díaz había ofrecido en España. Me prometió investigarlo y el resultado fue la ponencia “Manuel Machado y su soneto preterido al concertista venezolano Joaquín Silva Díaz”.

Lo transcribo para despejar las dudas de una leyenda:

Joaquín Silva Díaz, tu música latina
trajo a la vieja Europa un dulzor tropical,
y son tus cantos como la cordillera andina
que va uniendo países en la América Austral.

Evocaste los llanos bajo el claro de luna
y al vaivén de las palmas a la orilla del mar.
Si París te dio lauros, Venezuela es tu cuna,
y te dio el mar Caribe el afán de cantar.

Cual banda de turpiales volarán tus canciones
desde Méjico al Plata, llevando a las regiones
de la América hispana el hispano color.

¡Músico de la raza mi entusiasmo te aclama!
Y (esta) España, la abuela, con orgullo te llama
de Albéniz y Granados el hermano menor.

Manuel Machado (Sevilla, 1874-Madrid, 1947)

ANDRÉS ELOY BLANCO. JUAN BIMBA



Un año más de ese fresco y galante juglar de Cumaná, Andrés Eloy Blanco. Su obra fue nuestro primer encuentro con la poesía en esta vida. Iniciábamos el bachillerato cuando ya viajaban en nuestra memoria “La renuncia”, “La hilandera”, “La loca Luz Caraballo”, “Coplas del amor viajero”, “Canto a los hijos” y muchos otros que ya eran de libre curso en las rondas estudiantiles y familiares. En la distancia, hoy, su figura se agiganta; no nos queda la menor duda de que su presencia intelectual y lírica en la Venezuela que emergía de las montoneras, gamonales y caudillos, fue excepcional. Supo interpretar el momento histórico que le tocó vivir y sus aportes están en la superficie de nuestras letras. Se le ha atribuido, tal vez a consecuencia de la política de un partido, la creación de Juan Bimba, el que otros estiman de origen cumanes. Quienes hemos hecho seguimiento a la crónica en la ciudad, en ningún momento hemos advertido referencia alguna al personaje, por lo que otorgamos la razón al poeta Luis Beltrán Mago cuando a sus cien años de existencia desconoce la procedencia cumanesa de Juan Bimba.

Nos parece iluminador el dato que ofrece Horacio Biord Castillo cuando destaca la referencia que hace de Juan Bimba Samuel Darío Maldonado en su novela “Tierra nuestra” (1919). Hacia atrás, todo parece indicar que son vapores de la fantasía. En cuanto a la parte gráfica sí parece obra ceñida a Mariano Medina Febres (Barinas, 1912- Caracas, 1976), quien popularizó el símbolo que luego sería parte de los íconos políticos de nuestro país. Lo cierto es que sí fue Andrés Eloy quien le dio estatura y dimensión lírica, psicológica y antropológica a Juan Bimba, y para ello están los “argumentos” donde le confiere voz al desvalido, al olvidado e invisibilizado, a esa errante alma llanera, campesina, saturada de ingenuidad, buena intención y presta a dejarse llevar por los fuegos de un progreso que nunca llega. A trazos cortos, fragmentarios, Juan Bimba adquiere nueva vida en los poemas de “Baedeker 2000”, textos que surgieron durante ese tráfago carcelario que padeció el poeta desde las postrimerías de los años veinte e inicios de la década del 30. Es mucho lo que pudiéramos añadir de esa investidura que le otorga Andrés Eloy Blanco: “Va por las calles y los campos/ en una tierra enferma de heroísmo, / viendo estatuas, / saludando con su media sonrisa/ a los generales de bronce, / a los coroneles de mármol”. Contundente sátira de aquella Venezuela, y de la actual también, porque el militarismo siempre ha sido una plaga, ese infatuado engreimiento del hombre de uniforme que se reproduce como mala hierba. Antes, en el mismo poema, nos ha dicho “Pelea por un hombre a quien no ha visto nunca” (“La casa, la novia y Juan. Juan Bimba”. *Baedeker*). De uno de sus sainetes, “El vergonzoso en palacio”, es el siguiente diálogo:

BIMBA
(con timidez de campesino)
Señor, yo quiero trabajo,
un terrón donde fajarme,
agua y pan para mis hijos,
libertad para expresarme.
MUJICA
Todo eso lo tendrás,
si votas por quien te mande.
BIMBA
Me da vergüenza venderme.
¿Y a usted no le da comprarme?
(La Juanbimbada)

Nada ha cambiado desde entonces: ese Bimba está allí para la oferta y la demanda de demagogos y electoreros.

Triste que no haya alcanzado la ciudadanía deseable. Sé que hay matices que arrojan mayor profundidad a la hora de dar cuenta de ese Juan Bimba que pasa insomne por las páginas de Andrés Eloy Blanco. Es algo que han olvidado quienes deberían poner la lupa en esa intrahistoria nuestra. El personaje, acosado por tanta modernidad postiza, se ha diluido, difuminado en una masa

indiferente, siempre cruel. Con seguridad parte de sus accesorios existenciales deja oír los gemidos de un pasado tan terrible como el presente. Cierro estas breves notas con un poema que escribí hará cuatro o cinco años bajo el fragor de una actualidad cada vez más incierta y donde no sabemos si Juan Bimba respira todavía.

RADIOGRAFÍA DE JUAN BIMBA

a A. E. B. in memoriam

Nos queda el hueso;
el hueso de pleamar
y de no ser;
sincopado de carne,
arrítmico,
tocándole tambora al corazón;
el hueso heurístico,
más temple
y cuchitril en sus axilas;
su inflada perorata en los axones;
su apariencia de hueso,
su hidalguía de hueco
en la ergástula pobre
de su cuerpo,
en su nada oprimida,
en la tabula rasa de su abscisa:
menos cero, menos artesa
y coma porque no alcanza el pan,
menos el punto y coma;
nos queda el hueso,
hueco parlante en su ostracismo,
en su flaco destino de argonauta
que se olvidó del Vellochino de oro;
nos queda el ebrio,
el hueco hueso
y su encumbrada sombra
conservada en alcohol:
errabundo, desterrado alcohol
en su hueco esperando;
nos queda el hueso,

lo que farfulla y lo decrece,
estirando el cartílago insumiso,
que no cede en sus mialgias
y sus otitis,
sus fiebres y atrabilis,
su calambre orgulloso,
hierático, tozudo,
mientras en leve sismo
crujen el isquion, la apófisis,
la clavícula izquierda
y un esternón que hunde
su peto arquetipal en retaguardia;
nos queda el hueso,
mordido por distancias implacables,
oyendo voces en el socavón;
el hueso sacro,
inerte hueco que denuncia el hambre
al dar un paso,
nada marcial en la retreta
de sus carpos agrónomos
y dromómanos tarsos,
el hueso, el puro hueco
hidalgo que trajeron mis padres
una tarde de sombras,
una tarde de lluvias
para traerle aliento
al hueco hueso de la noche.

Ramón Ordaz